

tes” o montones que coincidía con el número de vecinos y que se asignaban por sorteo.

Además de estos sistemas comunitarios se daban otro tipo de trabajos entre familias y vecinos determinados, que respondían a conveniencias prácticas en algunos de los trabajos agrícolas. La reciprocidad en actividades agrícolas era norma dominante cuando apretaban los quehaceres, las dificultades de los trabajos exigían más manos y, sobre todo, cuando eran necesarias varias parejas de vacas. En estas faenas de ayuda mutua no había pagos con dinero, sino que se devolvía lo equivalente a lo aportado por el otro. La preparación de la tierra y la sementera generaban este tipo de ayudas. Como una labranza (pareja de vacas) sola no podía subir el abono, se subía con dos labranzas (una era de un vecino o familiar). Al finalizar cada tarea se “echaban los derechos” que consistía en hacer una merienda especial en casa del vecino que había sido favorecido por el trabajo colectivo de ese día.

Otras actividades comunitarias se daban en el uso y aprovechamiento de las horneras. La propiedad de las mismas era particular, pero tenía acceso a ella un grupo de vecinos determinado generalmente por la proximidad de las viviendas. Entre los vecinos se producían también constantes intercambios, generalmente de productos que escaseaban o que para algunos eran difíciles de conseguir, como la miel, frutas, truchas, morcilla y carne cuando alguien mataba alguna res... Estos intercambios se basaban en el sistema de trueque y, como antes se ha señalado, jamás entraba en juego el dinero. Si alguno de los vecinos estaba enfermo o incapacitado por su vejez, recibía con toda seguridad las primeras truchas que conseguía un pescador que participaba de estos intercambios entre vecinos.

En el contexto de esta cooperación vecinal en el ámbito del trabajo se explica la práctica de actividades como los “hilanderos”, que consistían en reuniones de varias familias

en las noches de invierno, en una casa a la luz y el calor de la lumbre, donde se contaban los acontecimientos diarios, se cantaban canciones tradicionales y romances, y donde las mujeres aprovechaban para hilar la lana y el lino, zurcir, tejer, hacer medias y encajes, remendar, leer, rezar el rosario y charlar de lo lindo. Y todo bajo la luz de un candil de aceite, de ahí su nombre. Por todo lo señalado, cada miembro del pueblo sentía y vivía la vecindad local como primaria y fundamental.

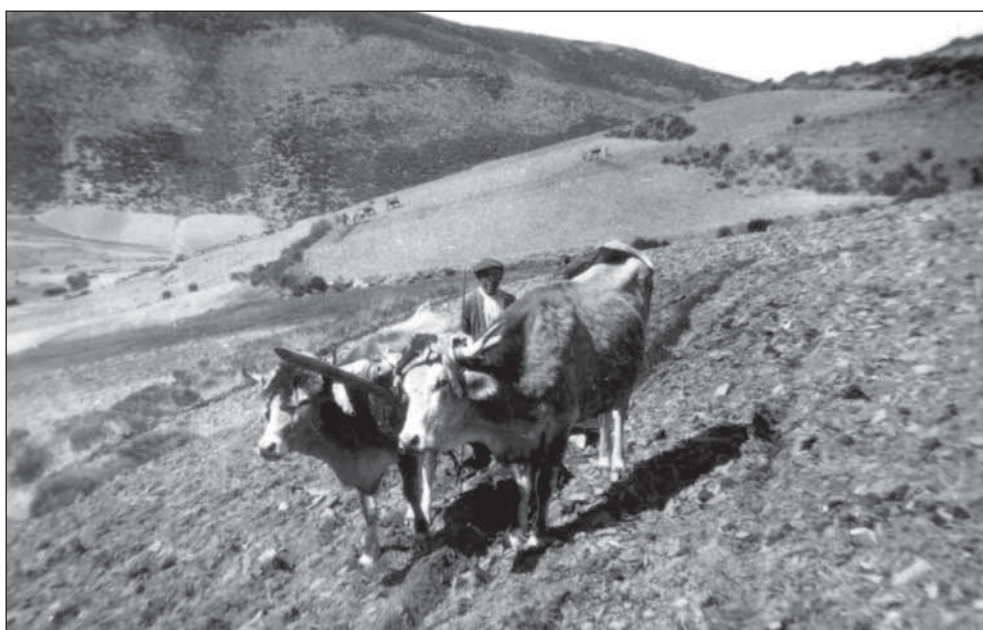
Sin embargo, frente a otros pueblos cercanos se mantenía una rivalidad ancestral. A los habitantes de las localidades vecinas se les imponían apelativos un tanto despectivos que han pasado de boca en boca a través de generaciones. Eran moteados como “chamorros”, “brujos”, “raposos”, “chamuscones”, “corbatos”, “caliegos”, etc... Los contactos entre las mocedades de distintos pueblos también daban origen a frecuentes conflictos. Una de las costumbres en la que se manifestaba la rivalidad de los pueblos era la lucha entre los toros comunales.

La matanza

Entre los animales domésticos que poseía cada familia destacaba el cerdo, que se adueñaba de pocilgas y cubiles para vivir plácidamente de noviembre a noviembre. No podía sospechar que los cuidados que recibía terminaban en San Martín con una muerte cruenta que, paradójicamente, daba lugar a una intensa fiesta familiar. Según se decía, “tres días hay en el año que se llena bien la panza, Nochebuena, Nochevieja y el día de la matanza”. La matanza del cerdo era un rito asociado a la imperiosa necesidad de tener una despensa bien abastecida y ocupaba un lugar destacado en la escala de valores domésticos y tradicionales. Esta necesidad se hacía más patente en la montaña, pues las nevadas eran mucho más copiosas y los pueblos quedaban aislados con cierta frecuen-



Nemesio Moreno Sierra, de La Lastra, con su hija Apolonia de vuelta de los montes de Rebanal de las Llantas, con un carro lleno de hojas para el ganado.



Abilio Moreno arando con la pareja en el valle de Ongamía, en La Lastra.



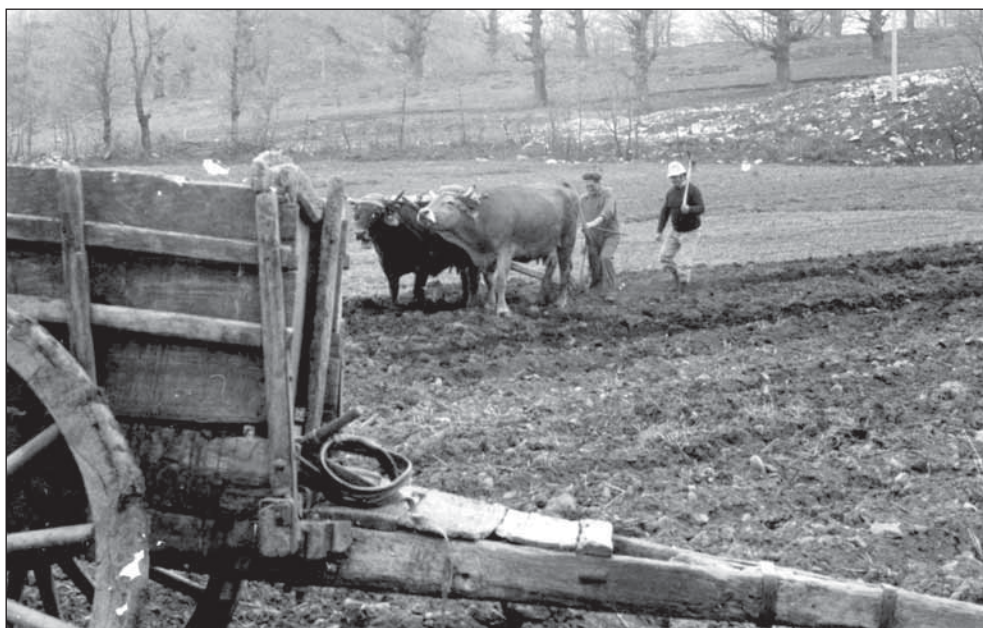
Foto superior. Recogida y transporte de la paja en las eras de Guardo. Para el transporte se colocaban las sardas en el carro, aumentando así su capacidad.

Foto derecha. Saturnino Ramos y Ciriaca Merino en un descanso de las labores agrícolas en el valle de Aviajos. Saturnino regentó durante muchos años la cantina de Otero de Guardo.





Casimiro Santos, Irene Liébana y su hija Ludi en un descanso de la siembra de patatas en el paraje Los Palacios de Velilla.



Tomás Pérez y su yerno Fernando Martínez arando una tierra en Areños. Para la supervivencia familiar era necesario dedicar muchas horas al trabajo y tener una buena pareja de vacas.



Feriantes con una piara de cerdos en Guardo, a principios del siglo XX.

cia. Los embutidos y los jamones curados eran la garantía de una espera llevadera.

Había diversas costumbres vinculadas a la matanza. El animal, por ejemplo, debía sacrificarse siempre que la luna se encontrara en cuarto menguante, con el fin de que la carne no se pudriera en el proceso de curación. Según las creencias populares, de hacerlo en cuarto creciente el tocino se pondría rancio. El cerdo debía estar en ayunas como mínimo un día antes de la matanza, para evitar el engorro que suponía limpiar los excrementos de las tripas, las cuales se utilizaban después como envoltorio del embutido. El día de la matanza, bien temprano, tanto los familiares de la casa como los vecinos invitados estaban dispuestos para la faena que cada uno tenía asignada: el matachín, bien provisto de un cuchillo largo y afilado;

los hombres encargados de sujetar el cochino en el banco del sacrificio; una mujer provista de un barreño y una cuchara larga de madera para ir batiendo la sangre según cae, para que no se cuaje y salgan unas buenas morcillas... Acto seguido tocaba chamuscar el cerdo con colmos de centeno y, una vez limpio, se procedía a abrirlo en canal, a sacarle las asaduras y a colgarlo hasta el día siguiente. Luego, se realizaba el destace y el picadillo para los chorizos.

La caza y la pesca

La caza y la pesca era un medio de vida para quienes poseían pocas tierras y ganado o para los que buscaban un suplemento económico en el rico entorno natural. Había personas



Tres lobeznos, sujetos con cadenas en las puertas de la iglesia de Velilla del Río Carrión, a principios de siglo. Debido al daño que hacían al ganado, eran muy perseguidos. En algunos casos la pericia de los pastores daba sus frutos.

que se dedicaban a estas artes por oficio o necesidad. Estas prácticas se transmitían de generación en generación, siendo cómplices desde niños. La captura que más satisfacción daba era la de la garduña, apreciada por su piel, ya que su precio llegó a ser tres veces superior al de un jato. De más rico costumbrismo era la caza del animal más dañino: el lobo. Cuando persistían en la matanza del ganado, eran frecuentes las batidas para su captura. Su muerte era premiada en todos

los pueblos de la comarca. Para exigir esta recompensa, había que mostrar el pellejo y la cabeza del lobo. Con el propósito de acabar con este animal también se usaban venenos. Aprovechando los días más crudos en los que no podía salir el ganado, se mezclaba la carne con el veneno y se colocaba en las proximidades de los pueblos. Para que los lobos acudieran allí atraídos por su olfato se arrastraban “las parias” de las vacas por la nieve. Algunas veces, antes que el lobo,